

## ¡LA INTELIGENCIA ES LA ARMADURA!

Por: Eduardo Gallego & Guillem Sánchez

\* \* \* \* \*

Antonio y Marta estaban sentados con caras de resignación ante el psicólogo infantil, el doctor Fuentes. Su hijo Daniel había trepado a lo alto de una estantería en un momento de descuido y se empeñaba en arrojarles libros a la cabeza en cuanto intentaban hacerle bajar.

-Parece que se ha calmado... -murmuró el doctor, palpándose la coronilla. El niño le había acertado con el tomo de las obras completas de Vallejo-Nágera, y el chichón resultante ya comenzaba a abultar.

-No sabe cuanto lo lamento, de veras -la voz de la madre sonaba compungida-. Antes tenía un carácter tan dulce...

-Bien, le dejaremos salirse con la suya por un ratito, mientras me lo acaban de contar -hojeó sus notas y trató de hablar con aplomo, para causar buena impresión a los padres-. Pesadillas nocturnas con monstruos... Afición a ocultarse en escondrijos angostos y subirse a lugares elevados e inaccesibles... Juega con palos que afila con esmero... Agresión al profesor de matemáticas con un cuchillo de madera... Ajá, hasta aquí todo está claro. Ahora cuéntenme lo del museo, por favor.

-Eso fue algo nuevo para nosotros -respondió el padre-. Un día toda su clase fue a visitar el museo de Historia y regresó entusiasmado. Nos hablaba sin cesar de las espadas, lanzas y, sobre todo, de una armadura preciosa. Decía que era la cosa más bonita, ágil y lista del mundo.

-¿Ágil... ? -vaya por Dios; aquello no venía en los tratados-. ¿Su hijo piensa que las armaduras medievales son objetos ágiles y listos?

El padre se encogió de hombros, derrotado, y la mujer intervino en su ayuda.

-En su momento lo consideramos una manía de ésas que cogen los niños, pero fuimos preocupándonos cuando empezó a llegar a casa cada vez más tarde. Hasta entonces, siempre había sido un chico puntual. Le preguntamos y confesó sin reparos que le gustaba ir al museo.

-Lo comprobamos y el personal del museo estaba encantado con él -prosiguió el padre-. Se pasaba las horas muertas contemplando las armaduras, panoplias de armas y escudos. Los dibujaba y decía que de mayor querría ser empleado del museo o arqueólogo. Mire, aquí tiene su libreta de dibujo.

El padre se la entregó con orgullo. Para ser sólo un mocoso de nueve años, Daniel dibujaba muy bien. El doctor fue pasando páginas. Le impresionó lo preciso y fluido del trazo. El niño se había fijado en los más mínimos detalles de cada arma y sobre todo de la armadura, reproduciéndolos con esmero.

-Su capacidad de observación es notable -enfermiza, quedó con ganas de decir. Pasó otra página, examinó lo que allí había y tragó saliva; aquello haría correr con el rabo entre las piernas a la peor abominación que hubiera visto en una película de terror-. Pero ¿qué hacen esos dibujos de... de insectos?

-No son insectos -le explicó la madre-. Se trata de sus monstruos.

-Creía que ya no soñaba con ellos...

-Pues los sueña cada noche, pero ya no le aterrorizan. Ahora dice que son sus amigos, juegan con él y le explican cosas bonitas. Quieren ser sus compañeros... ¿Es normal eso, doctor?

Fuentes suspiró. Según ese dibujo, el niño llamaba amigos a unos bichos parecidos al

cruce entre una mantis religiosa negra y un muestrario de cuchillería. Tenían un cuerpo esbelto dividido en dos partes. La posterior era horizontal, un poco más robusta, con cuatro patas gruesas y fuertes; la anterior se erguía para terminar en una cabeza afilada. Contó seis brazos. Los superiores eran pequeños, con cuatro dedos oponibles; los centrales, más recios, poseían seis enormes garras similares a escalpelos; pero peores eran los inferiores, largos y flexibles, dotados con algo que parecía un arpón dentado en el extremo. Amigos. Definitivamente, aquello no figuraba en los libros que leyó durante la carrera.

En ese momento, Daniel se dignó a bajar y se sentó entre sus padres, con cara de no haber roto un plato en su vida. El psicólogo aprovechó para formularle una pregunta:

-Dime, hijo, ¿te llevas bien con tus amigos? -asintió con la cabeza-. Ah... Oye, respecto a esa armadura tan chula del museo, ¿querrías que te la regalaran? -lo negó vigorosamente-. Huy, pensaba que te haría ilusión, con todos esos dibujos...

-Bueno, no es que no me guste -dijo Daniel, tras pensárselo-, es que tenerla no sería suficiente. Yo quiero ser una armadura.

-Y eso ¿por qué?

-Pues porque... porque... -intentó recordar lo que con tanto cuidado había tratado de enseñarle en sueños su monstruo preferido-. ¡Porque la inteligencia es la armadura! -exclamó al fin, alzando los brazos de puro gozo.

A la madre se le saltaron las lágrimas. Su marido suspiró y le ofreció un pañuelo de papel.

Por su parte, el doctor estaba completamente desconcertado, mas recordó las sabias enseñanzas de cierto profesor: «*Lo importante no es que sepas, sino que parezca que sabes*». Adoptó su pose más profesional, tranquilizó a los padres con juiciosas sentencias y recetó a Daniel un surtido de ansiolíticos. Después efectuó un rápido cálculo mental de cuánta pasta podría sacarles, les cobró la visita y los citó para el mes siguiente.

\* \* \*

-¡La inteligencia es la armadura! -bramó como un histérico Su Elevada Dureza-. ¡Maldito sea quien niegue el Sagrado Axioma!

La sala se llenó de chirridos, golpes de armas contra los pectorales y rechinar de garras ansiosas de triturar.

-Creo que fue una mala idea convocar esta reunión. Se va a liar -susurró por lo bajo el Muy Resistente Director a su colega más joven, que se había asustado ante tal alarde de agresividad.

-¡Herejía! ¡Traición! ¡Abominación! -seguía clamando Su Elevada Dureza-. ¡Que mis oídos, ensordecidos por las explosiones de Istquar, tengan que escuchar esto! ¡Que mis cicatrices, recibidas en cien batallas, deban ser expuestas a tal ridículo!

-Por favor, por favor, ¿a qué tanto alboroto? -preguntó el Veterano Naimor, sacando la cabeza del cubículo y golpeando vehementemente la mesa con su punzón de ataque izquierdo-. Creía haberme ganado el derecho a dormir un poco en el Consejo, y ahora Su Escandalosa Dureza me despierta hablando de batallas que sólo ha librado cuando se conecta a una partida de ciberrol...

Con un chirrido de placas, el Veterano Naimor giró la cabeza lentamente mientras hablaba, como si controlara a los consejeros, resguardados en sus cubículos de las paredes de la sala. También miró fijamente a los científicos que discutían en un estrado con Su Elevada Dureza, quien había saltado desde el púlpito presidencial para enfrentarse a ellos. Logró su propósito y la tensión, a punto de degenerar en violencia física, se tornó en carcajadas por fricción de garras. Ridiculizar de ese modo a Su Elevada Dureza era algo que muy pocos se

podían permitir, a menos que quisieran participar acto seguido en un duelo de honor. El viejo los tenía bien puestos.

Su Elevada Dureza prefirió retraer las garras y dejar para luego los retos. Trató de justificarse, con ira contenida.

-Mi exasperación es fruto del respeto que siento hacia los Antepasados, cuyos sufrimientos y trabajos engendraron nuestra prosperidad actual. ¡Venerados sean! Comprenderéis mi salida de tono cuando sepáis lo que me han comunicado hace un instante. ¡Una blasfemia mayor nunca fue oída antes en el mundo! -giró de repente su cabeza hacia el Comité Científico y apuntó con su punzón izquierdo, un arma formidable que lucía grandes garfios de desgarre-. ¡Repetid vuestras palabras ante todo el Duro Consejo, si tenéis vergüenza! Pero cuidado con lo que decís. Por menos se ha despedazado en esta sala, en épocas más gloriosas y de menor blandura, a quienes pretendían mancillar el espíritu de la Raza -se iba exaltando por momentos, y sus placas dorsales se desplegaban amenazantes-. ¡Repetid al Venerable Naimor vuestras sacrílegas teorías, y mejor será que aportéis pruebas convincentes o yo mismo os arrancaré la cabeza y sorberé vuestros sesos malolientes!

-Agradecería saber el motivo de que hayáis organizado semejante alboroto -intervino Naimor, sin la afectación que tanto odiaba en Su Elevada Dureza.

Realmente era una gaita que hubieran encumbrado en el Duro Consejo a aquel trepador histriónico. Por suerte la verdadera dirección la ejercían los Veteranos. Al fin y al cabo, él sí exhibía en sus placas heridas visibles del asalto final a Istquar. Aquélla fue una buena batalla, en la cual desmembró a sus enemigos, separó su carne del caparazón y esparció sus entrañas por la tierra, pero hacía tantos años... Ya había vivido demasiado y anhelaba cada vez con más frecuencia que la Gran Garra se lo llevara para siempre. Ahora, sin embargo, debía ejercer su papel y poner paz entre aquellos jovenzuelos incontinentes. Crujiendo ligeramente sus placas bucales llamó la atención de los presentes.

-Estimado y Muy Resistente Director, me gustaría escuchar, si es posible con brevedad, cuál ha sido la terrible provocación que ha hecho sacudirse las carcasas enterradas de nuestros antepasados.

El aludido hizo una reverencia formal. Aquello acabaría mal, seguro.

-Bien, prescindiré de los detalles que podéis hallar en el informe que os hemos dejado en el ordenador. Yendo al grano, pues, nuestras investigaciones telepáticas han tenido cierto éxito. Tras años de esfuerzo hemos contactado con formas de vida capaces de generar pensamientos interpretables. Hasta la fecha, sólo dimos con especies cuyos pensamientos eran menos interesantes que los de un rohierbas o un pájaro de presa. Finalmente encontramos en un planeta muy distante, a juzgar por lo débil de la señal, rasgos de actividad mental estructurada.

»Hacia allí apuntamos nuestros amplificadores de señal, pero con pobres resultados. Esa especie debe de tener una capacidad telepática residual. En realidad, y pese a nuestros continuados esfuerzos, sólo hemos podido trabajar con un único espécimen.

»A esto hemos de unir dos agravantes, que nos obligan a ser en extremo prudentes. El primero es que se trata de un pequeño cachorro. Es una cría muy dependiente de sus padres, de escasa iniciativa. Tal vez lo sean todos los de su especie. El segundo problema es que sólo podemos contactar mientras duerme. Imaginaos cuán frustrante resulta para mi equipo que el único individuo con quien podemos comunicarnos nos tome por un sueño. Bueno, en realidad al principio nos tomaba por pesadillas. La primera vez que le transmitimos nuestra imagen, con objeto de ganarnos su confianza, sufrió un ataque de pánico y se desconectó... Quiero decir, se despertó.

»Desde entonces lo hemos estudiado con esmero y logramos algunos avances. Nos toma por amigos imaginarios. Habla con nosotros en sueños y le inducimos a que nos evoque

sus experiencias vitales. De este modo vamos aprendiendo cosas sobre su cultura. Lamentablemente todo está envuelto por una neblina onírica que desfigura la realidad, pero nos las apañamos para separar la carne de la cáscara y...

-¡Por favor! ¡Exigí brevedad, creo recordar! -protestó el Venerable, sintiendo el aburrimiento soporífero a punto de abatirse sobre él cual negro espanto armado de púas y espolones.

-Lamento que mi exceso de celo os aburra, así que resumiré -carraspeó, porque ahora podía armarse la de «*córtame esas patitas, que ya no me quedan brazos*», que diría su abuela. La especie animal a la que pertenece este cachorro ha desarrollado el lenguaje hablado y escrito, ha inventado las Matemáticas, diseña y fabrica objetos complejos y está descubriendo las leyes de la naturaleza gracias a su capacidad de razonamiento abstracto. Sobre la base de todo ello el dictamen de nuestro comité científico es el siguiente: hemos descubierto seres inteligentes en otro planeta -se detuvo expectante para ver la reacción del Veterano.

-¿Y bien? -preguntó éste al ver que no continuaba hablando-. Eso debería llenarnos a todos de alegría. Era nuestro objetivo al montar este proyecto.

-Contad, amigos, contad de nuevo ese *pequeño detalle* que no osáis repetir -les instó a continuar Su Elevada Dureza, con un claro repiqueteo de garras apuntando arriba, como diciendo «*pásate un pelo y te corto los reproductores*».

El Muy Resistente Director, hastiado ya de tanta comedia, aspiró profundamente, hasta dilatar de modo visible el pectoral de su armadura exoesquelética y habló de nuevo.

-Respetado y admirado por todos, Venerable Naimor: esa especie es blanda. No tiene armadura.

Silencio.

-¿Cuál? -preguntó Naimor con un hilo de voz.

-¿Cómo que cuál? -preguntó a su vez el Muy Resistente Director sin saber a qué se refería.

-¿Que cuál es la especie estúpida? La que no tiene armadura, vamos.

-No hay más especies. Os estoy hablando de la misma. La que habita ese remoto planeta es inteligente, integrada por seres blandos. No tienen armadura natural. El Indestructible no les dotó con semejante defensa, por increíble que nos parezca -dándose cuenta de la expresión de Naimor intentó soltar el discurso que tenía preparado-. Ya sé que somos la única especie inteligente de nuestro planeta y que sólo las formas superiores de vida poseen una armadura integral. Debido a ello siempre hemos creído que estos dos hechos se hallaban inextricablemente unidos, pero tal vez la evolución, en otros planetas...

-Blandos... -balbuceaba Naimor sin escucharle-. Blandos inteligentes. ¿Me está diciendo que existen en el Universo seres blandos e inteligentes al mismo tiempo? -su voz se convirtió en un lastimero susurro-. Soy viejo, he vivido ya demasiado. Algunas de mis heridas tardaron años en recuperarse y todo ¿para qué? -mientras hablaba empezó a retirarse, a esconderse en lo más hondo de su agujero-. Será mejor que esto lo aclaren los jóvenes. Yo ya no estoy para este tipo de discusiones perversas. En mis tiempos las cosas eran más sencillas...

Sus palabras devinieron en un borboteo sin sentido. Disparó con su anciana boca tela de atrape a la entrada, formando una pared de baba endurecida que dejó claro que no quería ser molestado.

-¿Y ahora qué? -preguntó uno de los científicos más jóvenes al Muy Resistente Director.

-Lo que he dicho antes: la hemos liado.

Su Elevada Dureza eligió ese momento para erguirse en toda su estatura y declamar:

-Estará usted contento. Ha vejado a un Veterano, causándole una acerba pena. Y todo

¿por qué? ¡Yo lo diré! ¡Por sostener una teoría ridícula, herética, sucia... blanda! -pareció escupir esta última palabra-. ¿Sabe lo que pienso de sus ideas?

Su Elevada Dureza alzó la parte posterior del abdomen y la meneó de izquierda a derecha, un gesto decididamente obsceno que despertó risas y exclamaciones de asombro.

El Muy Resistente Director era un sujeto tranquilo, pero aquella afrenta sobrepasaba lo tolerable. Abrió sus placas dorsales y extendió los brazos en gesto de desafío.

-Eso no me lo repite usted a mí en la calle.

Y se lió.

\* \* \*

Los ansiolíticos del doctor Fuentes obraron su efecto y, por una improbable carambola bioquímica, cerraron el canal telepático que Daniel mantenía con sus amigos. Ya nunca volvió a soñar con ellos, lo que le provocó una honda aflicción que fue combatida a base de prozac infantil. Los padres quedaron encantados por el retorno a la normalidad y el doctor pudo presentar el caso en varios congresos internacionales.

Pero Daniel nunca superó el trauma del contacto perdido. Se volvió introvertido, su carácter se agrió con el tiempo y al final acabó albergando auténtico odio hacia sus semejantes. Ardía en deseos de contagiar a los demás su vacío interior y destruir la felicidad doquiera que estuviese, así que acabó siendo crítico literario hasta que una cirrosis lo envió a la tumba, para alivio general.

\* \* \*

El duelo entre Su Elevada Dureza y el Muy Resistente Director fue épico, pero no zanjó la cuestión. Se exigió a los investigadores que demostraran sus afirmaciones, pero curiosamente el contacto con el cachorro alienígena no pudo ser restablecido. Se les acusó de mentirosos, el peor insulto para un científico. Se gestaron dos bandos, los Tradicionalistas y los Renovadores, y comenzaron las algaradas. Los Veteranos intentaron pararlas, pero al final se sumaron al jaleo, recordando los buenos viejos tiempos. Demasiadas susceptibilidades habían sido heridas y la Raza era orgullosa.

\* \* \*

*Seis mil años más tarde.*

En el puente de mando del crucero estelar *Bartpur*, el oficial científico terminó de exponer su informe al comandante.

-Así que ruinas, sin formas avanzadas de vida -el comandante repasó las holos interactivas.

-La señal que captamos provenía de emisores automáticos, señor.

-En fin, guardaremos el champaña y los canapés de mollejas de gandulfo para mejor ocasión, aunque pierdo las esperanzas de hallar nuevas razas de alienígenas inteligentes.

-Tal vez sea mejor así, señor. De las tres que conocemos, una provocó el Desastre, otra odia a los seres de carbono y la tercera nunca se sabe por dónde nos va a salir. Además -señaló a unos gráficos-, esta civilización desapareció por culpa de una guerra global. Usaron atómicas y químicas; aún quedan residuos activos. Creemos que sucedió hace unos seis mil años.

-*Sic transit gloria mundi* -sentenció el comandante. Estudió otra holo-. Desconocía que sus arqueólogos hubieran desenterrado un museo de armaduras...

-Se trata de una necrópolis, señor. Por lo visto, son exoesqueletos de criaturas acorazadas.

-Caramba, me pregunto cómo hubiera sido tratar con ellas.

-Quién sabe, señor.

**F I N**